

El Profesor

En la madrugada del viernes 4 de julio falleció en esta ciudad el distinguido jurisconsulto doctor Luis Rueda Concha. Sobrino del expresidente Concha, procedía el doctor Rueda de las más ilustres familias bogotanas y del departamento de Santander. Muere el doctor Rueda Concha prematuramente, a la edad de cuarenta y ocho años, después de haber desarrollado una labor extraordinaria en el foro, en la política, y especialmente, en la cátedra universitaria. Dotado de una inteligencia maravillosa y de una cultura que muy pocos han alcanzado entre nosotros, el profesor Rueda Concha era el prototipo del profesor universitario, más aún, un verdadero maestro de la juventud. Durante largos años se dedicó a la especialización profesional en Roma, donde fue discípulo de las mayores autoridades científicas entre ellas Del Vecchio y Ferri. Su profunda preparación filosófica le permitió criticar las enseñanzas de esos grandes profesores y nunca prestó asentimiento incondicional a sus doctrinas. Antes, por el contrario, dedicó la mayor parte de sus labores profesionales a refutar las teorías de Ferri, que contrariaban sus profundas convicciones espiritualistas. Aun en relación con Del Vecchio, a quien admiró con entusiasmo, había puntos en los cuales se apartaba de sus conclusiones, cuando ellas estaban fundadas en doctrinas filosóficas idealistas, que tampoco podían armonizarse con el sistema a que había prestado su adhesión intelectual.

Fue el profesor Rueda Concha gran conocedor y apologista de la doctrina católica. Su espíritu, fundamentalmente religioso y profundo, no se contentó con vivir una religión individual para su vida privada, dejando sus labores profesionales y sus ideas políticas y jurídicas al vaivén del oportunismo o de la mo-

da pseudo científica. Toda su filosofía arraigaba en la doctrina católica y en los sólidos fundamentos del Tomismo; y todas sus concepciones políticas y científicas giraban al rededor de sus convicciones metafísicas. Esta clase de cultura hacía aparecer a Rueda Concha como una de las pocas personas que entre nosotros podía ostentar un sistema armónico de conocimientos, lógicamente unidos entre sí, cuyas sólidas bases aseguraban la unidad del conjunto y prestaban convicción y firmeza a cada una de las conclusiones.

Su clara inteligencia no conoció contradicciones, ni gustó de las ambigüedades ni de las ideas confusas. Sus exposiciones magistrales eran un prodigio de claridad, de precisión en los términos, de lógica perfecta.

Profesor de ética, hizo Rueda Concha de la moral la guía de todas sus investigaciones. Supo apreciar, mejor que cualquiera otro, la verdad de que todas las ciencias prácticas están esencialmente subordinadas a la moral. La política, la economía, el derecho, nunca fueron consideradas por el profesor Rueda Concha como ciencias autónomas que tuvieran como única finalidad la detentación del poder, la adquisición de la riqueza o la protección de los intereses. Siempre las consideró desde un punto de vista más elevado, como disciplinas que debían servir al perfeccionamiento de la persona humana, respetando siempre el fin último y trascendental del hombre. Este criterio le sirvió no sólo de norma científica, sino que fue para él permanente regla de conducta en los campos prácticos de la política y el derecho. De ahí su apasionada oposición a todas las doctrinas, de derecha o de izquierda, que se fundaran en la separación de la moral y el derecho, o de la moral y la política, o que concluyeran en una subordinación de los fines éticos de la persona o de la Iglesia a las necesidades de la Nación, del Estado, de la raza o de la clase, ya en la teoría abstracta o en los métodos de gobierno o de propaganda.

Fue el doctor Rueda Concha un hombre intelectual, pero nunca vivió desvinculado de la realidad. Las ideas no eran para él cosa meramente abstracta que se moviera en el campo de la sola especulación. Cada concepto, cada noción, representaba en el espíritu de Rueda Concha una realidad terrible, de consecuencias inmediatas, cuya solución no podía dejarse al acaso o apla-

zarse indefinidamente. Esta manera de ver el mundo intelectual y espiritual encarnado en las realidades de la vida cotidiana, alimentaba el apasionamiento con que defendía sus convicciones.

Su amor a la verdad se confundía casi siempre con su amor a la justicia. La aparente intransigencia de Rueda Concha dependía únicamente de que no admitía transacciones con el error o la injusticia; pero nunca dejó de estudiar un problema por todos sus aspectos, y de reconocer la parte de verdad que se encontrara en los sistemas por que sentía mayor aversión. Su admirable apasionamiento por defender la verdad era una consecuencia de la rectitud de su carácter. Nunca tuvo pasiones personales ni odios contra nadie. Nadie pudo sospechar en sus campañas razones de interés, oportunismo, emulación o deseo de venganza. Esto le atrajo el respeto de sus enemigos doctrinales y fue causa de la autoridad de que gozaron todas sus exposiciones.

Pierde la patria un ciudadano ejemplar; la Iglesia un polemista ardiente y convencido; las universidades, uno de sus mejores profesores, y un maestro insustituible de la juventud; el partido conservador, uno de sus miembros más prestigiosos y doctrinarios; y los que tuvimos la honra de gozar de su amistad, un amigo inmejorable.

CARLOS HOLGUIN Y HOLGUIN

